

lugar muy á menudo á singulares desilusiones. ¡La óptica es tan diferente; la luz de París es tan clara, tan despiadadamente reveladora!

Se descubre en Burdeos ó Tolosa un primer actor joven, notabilísimo Delaunay á los veinte años. Se le llama; debuta en el Teatro Francés, y se aperciben, tarde ya, que es un Delaunay de provincia, y que seguirá siéndolo.

París está lleno de esos actores destinados sólo á brillar en teatros de descentralización. Debían formar una compañía; encontrar un empresario hábil, y marcharse para no volver, porque son golondrinas que nadie desea su vuelta.

LUTO DE COMEDIA

DE BUTACA Á BUTACA

LUTO DE COMEDIA

DE BUTACA Á BUTACA

—¿Qué tiene Ud.? ¿Por qué estruja usted con tanta cólera ese periódico? ¿Le aburre á Ud. la obra?

—No, en verdad, porque no la escucho... Es este artículo que acabo de leer; uno de esos artículos *clichés* que aparecen cinco ó seis veces por año, con la terrible monotonía de un estribillo sentimental y tonto, tan banal y tan falso como las redondillas patrióticas con que M. Cooper está martirizando nuestros oídos... ¡Oh! ¡El estúpido sentimentalismo, el entusiasmo obligado, el juicio que cojea y cae en todos los atolladeros de lo convencional!

—Pero ¿de qué se trata?

—Pues se trata del actor B..., que acaba de perder á su hija, y dos días después figuraba en una función de beneficio.

—¡Pobre hombre!

—¡Bien, hombre, bien! Lo mismo que el periodista. Se apiada Ud. de la suerte de ese padre desolado que sube al escenario, gesticula, se disfrazaba poniéndose una peluca y una frente de cartón para tratar de hacernos reír al volver de un entierro donde ha llorado tanto! No diga usted; si la desesperación de ese hombre fuera tan grande como dicen, ¿quién le obligaba á reaparecer tan pronto?

—Su director sin duda, su contrato.

—No lo creo. ¿Quién es el director tan bárbaro que rehúse á un padre el derecho de llorar á su hija durante algunos días, para no venir por lo menos con los ojos enrojecidos y mal enjugados? Si ese director existiera por casualidad, ¿dónde en-

contrar un Tribunal y Jueces que le dieran la razón? Los Jueces son hombres después de todo. La legalidad impasible no está entre ellos sola; están también la piedad, la solidaridad humana; y no puedo figurarme que un actor conducido á la barra vestido de luto, de ese luto sombrío y serio de otro modo que el de los abogados, y que dijera sólo esto: "Señores, la muerte de mi hija me ha causado una pena grandísima; me ha sido imposible ir al teatro durante quince días." No, no puedo creer que ese desgraciado saliera de allí condenado á una multa, á una indemnización cualquiera, porque su voz se hubiera rehusado á cantar y su dolor á hacer reír.

—Es verdad, querido amigo; pero me parece Ud. extraviado por una sensibilidad excesiva é injusta. Le choca á usted ver un actor aparecer en escena tan pronto, después de la muerte de uno de sus parientes; y no se indigna contra el ten-

dero del rincón de la calle, que al día siguiente de morir su mujer se instala bien temprano en el mostrador, partiendo el azúcar y tostando el café con gran valor. ¿No ha ocurrido á ciertos comerciantes servirse de tarjetas de participación como reclamo, y cree Ud. que la frase "La desconsolada viuda continúa su comercio" sea una invención de los periódicos? Además, sin ir hasta estas locuras de egoísmo, hasta estas atroñas del sentido moral, que la constante preocupación de la ganancia llega á producir algunas veces, la historia de ese actor, es algo la historia de todos nosotros. Apenas si hay tiempo de inclinarse hacia el amigo, hacia el pariente que acaba de morir; allí está la vida, empujando, metiendo prisa; hay que incorporarse en seguida, volver á ocupar su sitio en la fila y continuar el camino. Es lo que hace que sean tan tristes para vistas las muchedumbres de las grandes ciudades. Se rozan desesperacio-

nes, recientes duelos visibles sólo en lágrimas furtivas, bajo grandes velos de crespón negro; se oyen voces nerviosas, que tiemblan todavía con imprecaciones ó sollozos; pero todo esto se activa, circula, se mezcla con la oleada que pasa, sin pararse mucho tiempo en los lugares fúnebres donde se llora á los muertos en reposo. En el campo, choca más todavía. La tierra no espera, las bestias quieren su diario pienso, no hay medio de dejar para luego una labor ó una vendimia, porque la estación se transforma sin piedad. Así es que mientras en el piso alto de la granja ó molino, el amo siente acercarse su última hora, el trajín habitual sigue á su alrededor, las carretas salen, las bestias entran, se siembra en el campo grano que no se verá crecer; y luego apenas se le ha acostado en el pequeño cementerio de la aldea, su viuda, con la cara hinchada por las lágrimas, barre la sala, enciende el fuego, prepara la co-

mida de los niños y criados, en cuanto se ha quitado su largo manto de entierro.

—Todo eso que dice Ud. es verdad; pero todas esas ocupaciones son manuales ó materiales y no absorben más que el sér físico. Es, en suma, la dura ley del trabajo, impuesta á la humanidad desde que el mundo es mundo. Asociada á la idea de luto, esta idea del trabajo obligado no tiene nada que moleste. Pero en el oficio de cómico háy no se qué de voluntario, de alegre, de inútil, una expansión de vanidad, siempre activa, que parece incompatible con un verdadero dolor. En definitiva, no es un oficio, es un arte.

—Sí, sí, señor, es un arte; pero tenga usted cuidado con sus palabras. Si el actor que sale al escenario al día siguiente de un duelo cruel, hiere la delicadeza del espectador y le entran ganas de silbar para ultrajarle y que aprenda discreción y conveniencia, ¿qué diría Ud. del escri-

tor al que las necesidades de la existencia obligan á emborronar papel en circunstancias también muy dolorosas? Recuerde usted en Balzac la horrible escena tan elocuente de Rubempré escribiendo sus terribles estribillos á la luz de los cirios fúnebres encendidos alrededor de Coralía. La impresión le parecerá á Ud. romántica. Pues voy á citarle un ejemplo de la vida real, casi más brutal y cruel que el anterior. Tenía en mi poder la correspondencia de uno de los más ilustres escritores de estos tiempos, muerto hace algunos años. En una de las cartas, escrita hacia el final de su carrera, el pobre gran poeta, condenado por el destino á un trabajo de pluma excesivo y continuo, se compara á un caballo de transportes "caído entre las varas", y pensando en el pesado fardo que arrastra consigo hace treinta años, cuenta que nunca ha tenido el derecho de descansar, de sustraerse un minuto á su tarea, "y que aun la semana en que

murió su madre hizo su folletín, y aquel folletín pagó el entierro". Le confieso á usted que me estremecí al leer esta frase, que no me atrevería á repetir si la carta de la que está sacada no fuera á aparecer en breve con toda la correspondencia del poeta. ¿Qué impresión le ha causado á usted esto? ¿Va Ud. á indignarse del mismo modo? ¿No, verdad? Y, sin embargo, el caso es el mismo que el de su cómico de Ud. ¿Qué diferencia encuentra usted entre los dos? ¿Por qué los dos no tienen igual derecho á su respeto y á su piedad?

Hubo á esto uno de esos largos silencios que siguen al argumento sin réplica, y que se pueden comparar á la falta de respiración que resulta al recibir un puñetazo en el pecho. Al cabo de un rato, una de las dos voces continuó:

—¡Pues bien, sí, creo que tiene usted razón! Puede suceder que ese actor, que ha trabajado al otro día de la muerte de

su hija, se haya visto obligado á ello por alguna de esas monstruosas necesidades de la existencia de que me hablaba usted. Pero no quisiera que se hiciera un mérito de su acción; quisiera no leer cada vez ese eterno artículo banal y lacrimoso que me ha dado tanta rabia y ha promovido esta discusión. "¡Pobre padre! ¡Valeroso artista! ¡Decir que mientras nos divertía y reíamos á carcajada, pensaba él en su hija y lloraba lágrimas interiores!..." Ó este otro: "¡Desgraciada mujer, actriz animosa, obligada á cantar, á hacer monadas, á refinar con toda su malicia el final de un *couplet* verde, mientras que su marido está en la agonía y tiene la seguridad de no encontrarle con vida á su vuelta!" Cuando se han leído estas cosas cinco ó diez veces por año, ¿cómo quiere usted que no se indigne uno? Y si Ud. supiera la influencia que tienen estos artículos sobre los actores, sobre esos grandes niños que tienen necesidad siempre de que los

miren, no pensando más que en producir efecto ó ruido, buscando actitudes en todas partes, aun en las más tristes circunstancias. Engañados por el sentimiento, extraviados por ese falso día del escenario, al que los aclimata su oficio, llegan á crearse un punto de honor completamente erróneo. "Mi hija ha muerto ayer. No importa; he prometido figurar en tal beneficio; y figuraré. El deber profesional ante todo." La verdad es que el actor goza representando, y no puede pasar sin trabajar. Está Ud. seguro que el poeta, cuando hizo aquel terrible folletín de que habla en su carta, lo escribió penosamente, con rabia en el corazón, en un cuarto solitario, agrandado y frío por la eterna ausencia, y donde todo le recordaba su dolor. El actor, al contrario; una vez en escena, "en el pellejo de su personaje", como dicen, no ha pensado en su desgracia; la ha olvidado una noche, entre el delirio de los aplausos de la muchedumbre y de las

luces. Y por eso comprendo que ha olvidado, comprendo que se ha distraído mucho al divertirnos, porque hay en la precipitación de este artista al subir al escenario algo que me lastima hasta lo más profundo de mi "yo" humano. Además, todos los actores no caen en esta exageración ridícula y feroz del deber profesional. Recuerdo un rasgo que me citaban del bravo Lafontaine, cuando hizo aquella hermosa campaña del Gimnasio; no sé si la historia es verdadera, pero está muy bien dentro del carácter del hombre que conoce Ud. tan bien como yo. Una noche, minutos antes de entrar en escena, Lafontaine recibe un despacho, anunciándole que su anciano padre, que vivía entonces en las cercanías de París, estaba gravemente enfermo, y pedía verle en seguida. En un momento, el actor, atolondrado, casi caracterizado ya, se viste, se despeña, sale de su cuarto corriendo, baja la escalera en

cuatro saltos, sordo á las lamentaciones del traspunte y del director, que le decían:

—Desgraciado, ¿dónde va Ud.?—La sala está llena.

—Tanto peor; ponga Ud. un anuncio, devuelva el dinero y cambie el espectáculo...

—Pero...

—No hay pero. Usted no me puede obligar á representar cuando tengo el corazón atravesado con un puñal. Primero, porque no podría, y, además, porque pensaría que mi padre iba á morir sin verme, y sería capaz de romper á llorar, ó escaparme en medio de una escena.

Por más que le rogaron, le amenazaron con procesarle, todo fué inútil; el actor echó á correr y el Gimnasio se arregló sin él aquella noche... Esto viene á darme la razón, según creo, y á condenar á todos los que no procedan de la misma manera. En lugar de pasearse entre bas-

tidores con cara de circunstancias, lanzar suspiros que parten el alma, dar y recibir apretones de manos simpáticas, y oírse decir "mi pobre amigo" por todo el personal, incluso el apuntador, como ocurre en semejantes casos, Lafontaine se fué á abrazar á su padre, se ahorró un eterno remordimiento, y nos evitó á todos la molestia de leer en los periódicos el famoso artículo: "¡Desgraciado hijo! ¡Valeroso artista! Decir que, etc..."

Lo notable de la historia es que al llegar Lafontaine al campo encontró á su padre preparándose á hacer su partida de *piquet* con un vecino. Al ver entrar á su hijo, el viejo se echó á reír.

—¿Te he dado un susto, eh, muchacho? Pero qué quieres: no me encontraba bien, estaba poseído de negros pensamientos: tenía gana de abrazarte, y como sabía que no trabajabas... Vamos, y ahora no gruñas; siéntate aquí, que vamos á pasar una buena noche juntos.

No conocía este desenlace, pero es igual; persisto en creer que Lafontaine es un buen muchacho, y que hizo muy bien obrando así.

ENSAYOS Y « MISE EN SCENE »